



LOS JÓVENES DE HOY.

I

AL observar las costumbres actuales de los jóvenes, sus vicios y las tendencias que manifiestan en todos sus actos, no es posible comprender cómo la sociedad permanece indiferente, cómo los padres de familia no se alarman ni intentan poner remedio á los males que nos amenazan.—La juventud es la que más tarde ha de regir los destinos del país, la que ha de tener en sus manos el poder, la autoridad, el encargo de hacer las leyes; y si no se aplica oportuna y eficazmente una reforma radical á aquella, bien seguros podemos estar de que es triste el porvenir que se le espera á la patria. La enseñanza religiosa, desterrada hoy para siempre de los establecimientos públicos, y una vigilancia continua y severa de los maestros y padres de familia, eran todavía hace pocos años dos medios para impedir el desarrollo de ciertas inclinaciones de la juventud. En la actualidad, acaso ni eso baste ya: la perversion moral de los individuos, comenzada una vez, crece por

desgracia con rapidez prodigiosa, y ni severas reprensiones ni buenos ejemplos pueden extirpar despues los males que ha causado.

Los jóvenes de nuestra sociedad, como los jóvenes de todas las épocas y de todas las naciones, son dóciles á los halagos, á las seductoras tentaciones, á todo lo que hace fácil la vida y regaladas las costumbres. Por eso se apresuraron á aplaudir con regocijo la supresion de toda severidad en la educacion y en la enseñanza; y los jefes de familia, por su parte, sin fljarse en los peligros que esto podía traer, disimularon, fueron tolerantes, lo fiaron todo á la semilla de moral que en edad temprana sembraron en las almas de sus hijos, y juzgaron que ella bastaría para evitar extravíos mayores. ¡Cuánto se engañaban, cuánto se han engañado! No: con la juventud no basta la buena enseñanza, no bastan los buenos ejemplos, no bastan tampoco ni severas amenazas ni, á veces, crueles castigos. La juventud ha menester de otros medios más directos y enérgicos, adecuados á los sentimientos de esa edad; medios que la hagan comprender distintamente y por conviccion lo que en medio de sus deseos no puede ver.

¿Se ignora acaso el despejo que en poco tiempo adquieren en las escuelas del vicio los jóvenes del día? Poco importa que sus virtuosas madres hayan nutrido sus corazones de ideas de piedad y sana moral; poco importa que desde su niñez hayan recibido consejos sanos y prudentes: todo cae derribado al empuje de los vientos del mundo maldiciente. Fuera del hogar doméstico, los jóvenes hallan desde sus pri-

meros pasos amigos perversos que destruyen en un momento con insolentes palabras y burlas sangrientas la exquisita flor de la inocencia y de la sana moral, cultivada y hermoçada por la madre de familia; hallan libros obscenos que presentan seductor el vicio y difícil la virtud; maestros viles que bajo la engañadora careta de amable familiaridad, infiltran gota á gota en el alma el mortal veneno de la duda y de la impiedad; hallan, finalmente, conversaciones licenciosas que sublevan los instintos de la materia y que acaban para siempre con las buenas ideas y las nociones del bien.—De aquí que al poco tiempo desaparezca de ellos aquella ingénua bondad, aquella sencillez de costumbres, aquel franco y amable trato que tan estimables les hacen en sus primeros años. Sin ánimo despues para cultivar sus facultades morales; sin deseos de conquistar honrosas victorias en el campo del estudio, de las artes, de las ciencias y de las letras; sin aquella fuerza de espíritu que levanta el corazon y lo lleva á ejecutar buenas acciones; entréganse á una vida enteramente infructuosa para su familia, para sí mismos y para su patria. Aborrecen el trabajo sin haber probado nunca sus delicias, sin haber gustado una sola vez las satisfacciones que deja al corazon. Aman la ociosidad, se vuelven maldicientes, acarician impuras ambiciones; y cuando no alcanzan el logro de ellas, siguen por un camino que necesariamente los conduce á fatales precipicios.

II

No es falso ni exagerado el cuadro anterior. ¡Ojalá lo fuera! Mas, á la vista de todos está esa facilidad con que los jóvenes acogen todo cuanto halaga sus pasiones; ese empeño que muestran para no sujetarse á severas reglas de conducta; esa vanidad, afectacion y altanería con que se conducen casi siempre. Los que observan en su casa prácticas de fé y de piedad, se olvidan de ellas al hallarse en un círculo donde se habla de los sucesos del día, y acaso sin querer, critican ó se burlan de lo que hacen sus padres; los que reciben desde sus primeros años nocivas lecciones ó tienen malos ejemplos, lo ven todo con frialdad ó con desden, afilan las armas de la maledicencia en los arsenales del mundo, y despues nada les detiene ni nadie les impone: acostumbrados á no respetar nada, ven del mismo modo lo que es digno de veneracion y lo que merece lástima. ¿Qué serán así para ellos más tarde el candor y sencillez de una niña, las pruebas de infinita ternura de una madre, los propósitos nobles y generosos de un joven honrado? ¿Estarán en aptitud de apreciar el mérito de una buena accion, y serán capaces de aplaudirla? ¿Podrán alguna vez dar cabida en su corazon á la rectitud y á la justicia, á la sinceridad y buena fé? No; porque empeñados en complacer al mundo y buscar su aprobacion, jamás se detendrán á considerar y apreciar lo que él desdeña por pequeño, modesto y humilde.—¡Pobre juventud con sistema semejante! Si

debido á la vigilancia maternal conserva todavía en su pecho algo de la fragancia virginal de la inocencia, pronto es arrebataado por perversas máximas y conversaciones; si aún permanecen vivas su fé y sus creencias de niño, al poner por primera vez el pié en los dinteles del mundo, comenzarán á marchitarse, á secarse y hasta á desaparecer por completo. La juventud no sabe luchar, y si lucha, pronto es vencida; porque con su inexperiencia juzga razones los sofismas; verdades, las promesas del mundo; justas sus críticas y sabia y profunda su enseñanza. Y de aquí que luego comience á avergonzarse ante los demás de lo que cree, de lo que ha aprendido de sus padres y de lo que piensa y practica.

Con pesar se observa que algunos padres de familia contribuyen por su parte á desarrollar este mal: sea unas veces por debilidad, sea otras por el cariño que profesan á sus hijos, lo cierto es que son con ellos tolerantes y blandos, precisamente en una edad en que deben ser severos, y en un tiempo en que sólo así pueden inculcarles buenas máximas. Permiten que sus hijos vean con descuido las prácticas piadosas; les dejan leer todo género de libros, frecuentar toda clase de amistades, asistir á escandalosos espectáculos; no se alarman ante las pruebas que ellos dan de poco respeto y de falta de veneracion á las cosas santas, y no tienen, finalmente, sobre ellos aquella continúa vigilancia, aquel esmerado cuidado que serían seguras garantías de orden y moralidad. ¡Ah! se olvidan de que el enemigo no duerme y que él se aprovecha de todo para apoderarse del corazon de

la juventud, y atraerla y engañarla con falaces promesas; se olvidan de que él tiene dispuestos para repartir á millares, malos libros, indecentes periódicos, cátedras impías y subversivos discursos.

III

En mi sentir, la única poderosa barrera que sería suficiente á atajar este grave mal, está en la educacion, en una educacion esencialmente religiosa: ella sola forma el corazon y dirige con seguridad las facultades morales.—Siendo su base el conocimiento de Dios y de su ley; predicando la humildad como necesario atributo de nuestra pequeñez; poniendo en el corazon del hombre los deberes que lo ligan á la Providencia que lo creó y lo sustenta, á sus padres que velaron su infancia y su niñez, á la patria que le prestó abrigo, al prójimo que le rodea, la enseñanza cristiana lo obliga á subordinarlo todo al cumplimiento de su destino en la tierra, y le dice que hay una causa elevada y noble á la cual debe obedecer en todos sus actos: ni el egoísmo, ni las pasiones, ni otros sentimientos bajos y pequeños—humanos, por decirlo así,—deben nunca apartarle del buen sendero.

A este sistema de educacion que regía antiguamente, debíase en gran parte la paz y la felicidad de que se disfrutaba ántes, así en el seno de la familia como en la sociedad; y si hoy tenemos que lamentar á cada paso desgracias y extravíos en nuestra juventud, es debido sólo á la ausencia total de preceptos religiosos en la

enseñanza pública.—Es cierto que el adelanto que las ciencias han alcanzado; el anhelo, cada día más poderoso, de beber en las fuentes del saber y del estudio; los libros que sobre tantas materias se han escrito, y otras diversas circunstancias, exigen en nuestro tiempo cambios casi radicales en el método y desarrollo de la instruccion; mas esto no llegará á justificar nunca la falta que todos lamentan. ¡Ojalá que convencidos los maestros y padres de familia, de la gravedad que entraña este asunto, del cual depende la felicidad individual y pública, se apresuren á poner un remedio poderoso y eficaz!—La patria agradecida bendeciría su memoria.





NUESTRA LITERATURA.

I

SE ha dicho, con razon, que el grado de cultura y de moralidad de un pueblo se mide por su literatura; pues que siendo ésta el reflejo de las pasiones, ideas y sentimientos de la sociedad, puede fácilmente conocerse por ella el espíritu que la domina y la gobierna.— No es necesario traer ejemplos para apoyar esta asercion: basta recordar lo que fué España en el siglo XVI, y leer las obras de los clásicos de aquella época, para observar cómo realmente un pueblo imprime carácter á su literatura. El espíritu de profunda y sincera piedad que llenaba las almas, su ardiente fé, su viveza de sentimientos y la sencillez de las costumbres, refléjanse como en limpísimo espejo en las obras de Fr. Luis de Leon y otros ingénios.—En nuestros días, la literatura francesa no desmiente el estado que guarda esa nacion, donde han dominado las doctrinas de los enciclopedistas y donde el mundo presenció asombrado los horrores de la Comuna: allí los poetas, los historia-

dores, los novelistas, los escritores dramáticos, trasladan á sus obras la impiedad que corroe los corazones, el civismo que rige las costumbres, la falta de respeto con que se ve todo lo que hay de santo y adorable; allí, donde un día se dió el imperio del mundo á la diosa Razon representada por una vil mujer, se ha prescindido de todo principio moral y sólido, y no queriendo que el entendimiento tenga una mano prudente que lo gué y lo detenga en sus extravíos, se ha rebelado contra todo órden religioso, despreciando el Evangelio y burlándose de su espíritu divino. ¿Qué extraño es, por lo mismo, que las obras de V. Hugo, de Michelet, de Dumas, de Sardou y de tantos otros, estén llenas de horrible impiedad y de pérfido escepticismo? Ellos, ellos son los autores de esa demoralizacion que reina en la sociedad francesa: con sus teorías absurdas y anticristianas, con sus predicaciones subversivas, con la inmoralidad de que llenan sus escritos, han perturbado el órden y sembrado en las almas la duda; han llevado la rebelion á las grandes asociaciones obreras, y sembrado áun en el seno de las familias la semilla de la discordia y del indiferentismo. ¡Pobre nacion con su literatura! ¡Pobre pueblo donde no se respetan los sentimientos más íntimos del corazon!

La literatura en México aún no llega, por gracia de Dios, á ese grado de decadencia. La literatura que se honra con los nombres de una Inés de la Cruz, de un Carpio, de un Munguía, de un Pesado, no puede jamás corromperse como se ha corrompido la literatura de Voltaire

y de Rousseau. Nuestros grandes escritores han sido siempre creyentes, piadosos y humildes, tal como deben serlo los que reconocen que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría*. No contamos, entre los que en nuestra patria han cultivado las bellas letras, un autor cuya impiedad haya sido de honda y fatal trascendencia para las creencias de nuestro pueblo, y si bien es verdad que en diversos tiempos han aparecido algunos, tambien lo es que el desden y el desprecio han sido su castigo.

Empero, al ver que el espíritu del siglo lo invade todo, y lo pervierte todo, fuerza es detenerse un momento para estudiar lo que ha sido, es y debe ser nuestra literatura.

II

Siendo noble y elevado el fin de toda literatura, y trascendental la influencia que ella ejerce en el ánimo de los individuos, fácil es comprender que el espíritu que la anime debe ser tambien de una excelencia superior. Sus tendencias todas deben dirigirse á moralizar á la sociedad, alimentándola de sanas ideas y saludables doctrinas, y despertando en ella amor á lo bello y á lo bueno, aspiraciones á una vida mejor. Porque si esto no se hace, ¿de qué sirven las galas del lenguaje y el encanto del estilo? ¿Para qué son las frases elegantes y gallardas si sólo envuelven principios corruptores? ¿Qué utilidad pueden dejar las narraciones frívolas en que no se tiene un elogio para la virtud, ni una censura amarga para el vicio? Esas obras

que sólo fomentan los instintos de la materia, como las novelas modernas; esas disertaciones eruditas con que los sabios quieren destruir las verdades de la Biblia apoyadas por la tradición y por la ciencia misma; esos libros en que se prescinde de Dios y de su Ley Divina para arreglar las sociedades y el estado de los pueblos, nada enseñan ni deleitan, ántes sirven sólo para dejar la duda en el alma y acrecentar la incredulidad que hoy se extiende por todas partes como abrasadora lava.

En México, mientras España pudo velar por la felicidad de América, las malas doctrinas que tenían agitada á toda Europa, apénas se hicieron sentir, y por lo mismo, nuestra literatura se conservó limpia y pura de toda mancha.—Después de la independencia, los malos libros comenzaron á circular; y aunque pronto hicieron estragos en muchos buenos ingenios, la verdad es que nadie se atrevió á enarbolar la bandera de la impiedad, por respeto al pueblo mexicano, que tan adicto se ha mostrado siempre á sus creencias religiosas. Más tarde hubo ya quien hiciera alarde de apartarse del buen camino, para seguir por el de la falsa filosofía; y pronto la propaganda de la incredulidad pudo gloriarse de los triunfos alcanzados en todas las clases de la sociedad. En los colegios y en el ejército, en el periodismo y en el parlamento, en la clase más ínfima del pueblo y aún en los salones del palacio de gobierno, podían contarse entendimientos extraviados que profesaban ya las malas doctrinas. Los oradores corrompían la opinión de su auditorio de mil diversas mane-

ras, ya desfigurando la historia según convenía á sus propósitos, ya lanzando exclamaciones que indicaban la deliberada intención de despertar en él sentimientos hostiles al orden y á la moral. Los periodistas hacían lo mismo; y allí están en *La Cruz* los excelentes artículos del insigne D. José Joaquin Pesado, llenos de erudición, de lógica y de unción cristiana, con los cuales combatía á los enemigos del catolicismo.

Empero, la incredulidad tenía de su parte al poder, y casi todos los hombres de influencia política profesaban las doctrinas de la revolución de 89, que en sustancia, y como todos saben, no eran otras que las mismas de Rousseau.—Fruto de la corrupción á que llegaron en México las ideas, fueron las inícuas leyes que despojaron á la Iglesia de lo que legítimamente le pertenecía, para repartirlo con una prodigalidad sin ejemplo entre los que lo solicitaban; y fruto también de la misma corrupción fueron las leyes de matrimonio y otras muchas que escandalizaron con sobrada razón á nuestra sociedad.

III

Durante la revolución que trajo la Reforma, muchos de nuestros escritores guardaron silencio, enmudecieron las liras de nuestros poetas, y el periodismo quedó reducido á combates diarios sobre los acontecimientos de actualidad. Pero es cierto que si por una parte acabó casi por completo todo movimiento literario entre nosotros, por otra ganaron la religión y la moral, pues con las encendidas discusiones que

varios escritores católicos sostuvieron con otros del partido liberal, la buena causa tuvo triunfos espléndidos. Brilló más pura la verdad, se puso de manifiesto ante la ignorante multitud la excelencia de los principios católicos, y se reconoció, aún por algunos enemigos de la religion, que en ellos está la verdadera y única base de las sociedades, los únicos medios para hacer felices á los hombres y á los pueblos, la fuente fecunda y purísima de todo orden, bienestar y engrandecimiento social y político. Algunos espíritus extraviados comprendieron sus errores y volvieron al buen camino; otros supieron que no eran nuevos los principios proclamados por los incrédulos, y que ya estaban victoriosamente refutados por inteligencias superiores desde hacía muchos siglos; y muchos hubo, por último, que espantados de los desórdenes é injusticias, contradicciones y falsedades en que incurrían los predicadores de las *ideas nuevas*, se volvían airados contra lo mismo que el día anterior había sido objeto de su entusiasmo y de sus adoraciones. ¡Hermoso espectáculo dieron en aquella época los insignes escritores católicos que sin miedo y con arrojo se levantaron á defender la verdad, á su Madre amorosa la Iglesia de Jesucristo! D. José Joaquin Pesado dejó de pulsar la lira, dejó de cantar castos amores, para engalanar *La Cruz* con sus brillantes artículos de polémica filosófica, política y literaria; D. Bernardo Couto defendió los fueros de la Iglesia Católica en su inmortal *Discurso sobre la Constitucion de la Iglesia*; y el Sr. Munguía, esa figura altísima de que se enorgullecerá siem-

pre nuestra patria, se mostró incansable en los diarios ataques que eran el espanto de la impiedad.

Véase, pues, cómo la Providencia lo arregla todo para mayor gloria suya y enseñanza de los pueblos. Los anales de nuestra literatura en aquella época son riquísimos en este sentido: de un lado se encuentran escritos vehementes dictados por la pasión, el extravío, la incredulidad y el odio á la religion y á sus instituciones; de otro, se hallan también páginas trazadas con la calma y serenidad majestuosas de la verdad, empapadas en saludables doctrinas y llenas de enseñanza y de fé, de piedad y sólida ciencia. Y si en aquel tiempo se escandalizaba á la juventud con novelas inmorales y escépticas, había por fortuna ingenios sanos y rectos, celosos de las buenas costumbres, que se apresuraban á destruir los perniciosos efectos de aquellas, ya por medio de una crítica sensata, ya poniendo enfrente de ellas narraciones tranquilas y candorosas, propias para despertar los tiernos y blandos sentimientos del corazón.

Con el triunfo de las armas liberales en 1867, comenzó para nuestra literatura una época enteramente nueva; y vamos á ver en seguida lo que algunos han querido llamar *renacimiento literario de México*.

IV

El movimiento literario que hubo en la capital en dicho año, se ha ponderado mucho por diversos escritores, reputándole unos como la

época más venturosa de nuestro progreso intelectual, y calificándole otros de verdadero renacimiento de la literatura pátria, ¡como si en los años anteriores no hubiese habido ingénios privilegiados que la enriquecieron con joyas de gran valía! Hubo, sí, movimiento literario; pero muy distinto del que en otro tiempo habían presidido escritores beneméritos y sabios como Pesado, Alamán, Munguía, Roa Bárcena y otros. — Los de 1867 introdujeron en nuestra literatura ideas y tendencias corruptoras, que léjos de prometerle días de gloria, sólo amenazaban quitarle el encanto y natural sencillez que hasta entónces había tenido. En efecto, las composiciones poéticas que veían la luz pública, con rarísimas excepciones, revelaban escepticismo, falta de inspiracion y de estudio, extravío de sentimientos, errores en todo y hasta ignorancia de las reglas más triviales de literatura. Las novelas eran un tejido grosero de falsedades, un semillero de errores, una caricatura vergonzosa de la historia y de los sucesos contemporáneos. La piedad y el respeto á la moral huyeron de ciertas imaginaciones; nadie pensó ya en estudiar para escribir, en meditar para emitir sus juicios, en recordar y practicar los preceptos universalmente reconocidos para impulsar benéficamente el adelanto de las letras. Y fatales fueron las huellas que de esto quedaron, siendo fecundo en perversas enseñanzas y peores ejemplos el manantial que brotó de aquel movimiento literario. La juventud se animó, le pareció fácil el camino de la gloria, y seducida por la engañadora popularidad que ofrece el periodismo,

se dedicó á escribir todo género de producciones, siguiendo sólo las inspiraciones de su capricho y de sus deseos desordenados. De aquí que nuestra literatura no hubiese recogido en aquella época sanos y valiosos frutos.

Y tal fué el movimiento literario que tanto se ha ponderado.

V

Pronto pasó aquel entusiasmo de los escritores liberales; pero, como decía ántes, la juventud siguió el camino por ellos trazado.—Nada le importaba carecer de la necesaria instruccion, de los consejos de la experiencia, de la madurez de juicio y de la limpieza de intencion para tratar ciertas materias: únicamente se proponía dar á luz producciones de cierto género, para excitar el interés de algunas personas ignorantes.

Registrando los periódicos de aquella época, fácil es convencerse de esta verdad: ninguna pieza de mérito se encuentra en ellos, ninguna que revele cuidado, detenida meditacion, altos y nobles propósitos, tendencia, en fin, á ser útiles á la sociedad y de algun provecho á la literatura.—En las composiciones escritas en prosa, obsérvase una ligereza y frivolidad notables: no hay sustancia, ni método, ni algo que revele firmes conocimientos: carecen hasta de las más modestas y sencillas galas de lenguaje. En las composiciones en verso se ve todavía con mayor claridad la falta de gusto y de estudios, de lecturas y de inspiracion; y todo esto, no porque los jóvenes que se dedican á las letras sean in-

capaces de atesorar excelentes cualidades, sino porque ellos mismos las hacen infecundas con su vanidad y extraviado criterio.

Hay, además, otro mal, que en mi sentir marchita de una manera notable las dotes de nuestra juventud literaria; y es la tendencia que muestran todos á imitar las literaturas extranjeras. Esto, naturalmente, es perjudicial al desarrollo y engrandecimiento de la nuestra, pues que de ese modo los ingénios mexicanos, en vez de tener inspiraciones propias, se ven obligados á buscar en las ajenas lo que indudablemente quita á sus obras la espontaneidad, la frescura, el encanto que podían comunicarles. ¿Y quién duda, por otra parte, de que ese sistema, que por sí mismo esteriliza las fuerzas del corazón y del entendimiento, puede conducir á fatales resultados desde el punto de vista religioso?—Sabido es que el escepticismo que distingue á nuestra época se ha filtrado en la enseñanza, en la literatura, en la prensa, en la poesía, en las artes, en todo lo que pone en comunicacion entre sí á los individuos de la sociedad. Sabido es también que las novelas son la pintura cínica y descarada de las actuales costumbres; que la poesía y el teatro se han convertido, en manos de ciertos autores, en vehículos de impiedades, de obscenos y voluptuosos pensamientos; que la prensa es el receptáculo comun de las injurias, de los ódios y preocupaciones de los hombres; y sabido es, por último, que en las artes ha sentido su imperio el grosero materialismo, y que en muchos de los libros que vomitan diariamente las prensas de todos los países, no hay otra

cosa sino ataques á la religion, á la moral, á las buenas costumbres, sancionadas y consagradas por los siglos. ¿Qué de bueno puede encontrar, por lo mismo, en todo esto nuestra juventud literaria? ¿Qué inspiraciones va á buscar allí?—¡Ah! quizá de aquí viene la pobreza que actualmente aqueja á las letras mexicanas: en esto está el secreto de que muchos talentos se pierdan ántes de llegar á su perfecto desarrollo, y de que despues sólo den frutos insanos.—Encenagados muchos jóvenes en esos charcos de asquerosa corrupcion (que no son otra cosa las novelas de ciertos autores franceses); respirando ese aire fétido de la impiedad; sin aquel respeto, aquel amor, aquella veneracion propias del que tiene fé y profesa buenos principios, vemos con profunda pena que esos noveles escritores sólo producen obras que están llenas, no ya únicamente de defectos de lenguaje y hasta de faltas contra el sentido comun y el buen gusto, sino lo que es peor y más deplorable, de ideas insolentes que escandalizan y revelan ausencia total de bondad y rectitud.—De desear es, por lo mismo, que nuestros escritores se convenzan de que hay todavía mucho que corregir y que enmendar en el campo de nuestra literatura, y de que deben unir sus esfuerzos para proporcionar á ésta timbres de positiva y duradera gloria.

